

Manuel Vilas

Política

Me tiemblan las piernas cada vez que voy a votar. Me da por pensar en los trajes nuevos, las camisas bien planchadas del presidente del Gobierno. Seguro que la suela de sus zapatos está resplandeciente, impoluta, siempre pisando alfombras.

¿Quién demonios le plancha las camisas? Lo difícil que es planchar una camisa, si lo sabré yo, que me plancho las mías. Y quién decide que un traje del presidente ya se ha quedado viejo, porque habrá alguien dedicado a ese menester. Yo solo tengo dos trajes: uno de verano, que tiene quince años; otro de invierno, que tiene diez. Todos van bien vestidos. La vicepresidenta lleva vestidos muy originales. El líder de la oposición lleva unas gafas que no le quedan bien, igual por eso no acaba de cuajar su liderazgo. Necesita lentillas, lo mismo que el héroe del exilio independentista: no le quedan bien las gafas ni el flequillo. Somos lo que la gente ve en nosotros. Me tiembla la camisa arrugada cada vez que voy a votar. Y dónde vive toda esta gente. Yo me hago la cama todos los días. ¿Se la harán ellos? No, porque tienen cosas más importantes que hacer, pero cuáles son esas cosas.

Me tiembla la mano cuando intento elegir una papeleta para votar. ¿Cómo serán los dormitorios de esta gente? Seguro que tienen 'baño en suite'. Tengo el mismo teléfono móvil desde hace cinco años. Mi teléfono está un poco chiflado y de vez en cuando llama a la gente que le da la gana. Y esa gente de la que hablo, ¿qué teléfonos móviles tienen? Me tiemblan los ojos cuando veo tantas papeletas en el colegio electoral. ¿Pero toda esa gente se presenta? Miro a las personas que componen la mesa electoral. Les pagan 70 euros por estar allí todo el santo domingo. Qué suerte tengo, nunca me ha tocado. Ya podrían pagar 700 euros en vez de 70. Entonces estas personas que componen la mesa electoral estarían alegres y felices. Pero no. Nada de nada. 70 miserables euros por un montón de horas de tu vida. Debe de salirles la hora a tres euros. Madre mía, qué suerte he tenido. Me tiemblan las piernas. El mes que viene cumpla 62 años y me iré de este mundo sin saber qué se siente cuando tienes un despacho de doscientos metros cuadrados lleno de banderitas de todas las clases detrás de tu sillón y un coche oficial en la puerta de tu casa.

LA TRIBUNA | José Badal Nicolás

Mirando atrás

Aspectos clave del bienestar de nuestra sociedad se han visto deteriorados en los últimos años, su situación es peor ahora que la que había en otros tiempos



HERALDO

Cuando uno acumula años de vida y vasta experiencia ante las vicisitudes y vaivenes por los que ha transitado como protagonista u observador, a menudo siente la tentación de volver la vista atrás y preguntarse, en un atrevido ejercicio de sosegada introspección, si la época presente es mejor que la pasada, hasta qué punto las circunstancias actuales difieren de las vividas y afrontadas hace varias décadas, si el tiempo transcurrido ha propiciado el curso favorable de las cosas y ha traído bonanza, ventura e ilusión. Difícil responder a esta pregunta, no solo por la imposibilidad de ponderar todos los aspectos que en ella confluyen, sino también por la falta de capacidad para aislarse de la propia subjetividad y del ineludible sesgo que con frecuencia tiz-

na nuestra opinión, y por la dificultad para disociar la evolución natural de los acontecimientos de cualquier avance real acaecido.

En aras de la brevedad, voy a referirme a los siguientes elementos de comparación: sanidad, educación, trabajo, riqueza-bienestar y paz social, que no son otra cosa que la expresión actualizada del sempiterno anhelo de salud y prosperidad. Por descontado, hay otros muchos aspectos y matices que convergen en la cuestión planteada; pero sin duda los citados son elocuente muestra del devenir de una sociedad y en concreto del grado de desarrollo y progreso alcanzado por el conjunto de personas que conviven bajo normas comunes.

No es para estar contentos con el estado por el que atraviesa

nuestro sistema sanitario. Ciertamente que los avances en ciencias biomédicas son relevantes y aludo especialmente a las nuevas técnicas exploratorias y de diagnóstico, a las innovadoras intervenciones quirúrgicas, a los modernos fármacos y métodos de tratamiento, a los logros significativos en biología molecular y celular, bioquímica, genética, biotecnología y nutrición, a la investigación biomédica asistida por computador, etc. Pero todo esto, con ser importante, no debe ocultar las notables carencias asistenciales y el paulatino deterioro de la sanidad pública en general (masificación, falta de profesionales, listas de espera...). Nada que ver con la diligencia y presteza de tiempos pretéritos.

El tema de la educación en nuestro país, del que ya he escrito con anterioridad, es para rasgarse las vestiduras. Y todo por la indolencia y falta de atención por parte de políticos ineptos o amedrentados que nunca han tenido el coraje de abordar el enquistado problema con rigor, resolución y arrojo, con visión de Estado, con firme determinación para implantar un sistema educativo basado en la razón, eficaz, duradero y de ámbito nacional. La disparidad de planes de estudios, las melifluas consignas de errados pedagogos, el adoctrinamiento ideológico, la pérdida de autoridad de los educadores, la laxitud de la enseñanza, la innegable merma de conocimientos, la desidia de los padres, etc., son la causa del apenas maquillado fracaso escolar y de la tontuna e indefensión de muchos de nuestros jóvenes. Para echarse a temblar.

El conocimiento, la investigación científica y el trabajo son la fuente del progreso y la riqueza de la sociedad. No es verdad que la generación actual, con un parvo bagaje cultural, sea la más preparada de la historia, no en términos relativos, contemplando las condiciones de antes y actuales. Ciertamente que ahora los jóvenes aplicados y estudiosos están mejor forma-

dos y cuentan con mayores recursos para incorporarse al mundo laboral; pero no son la mayoría y el sistema se resiente con abrumadoras tasas de paro juvenil y de mayores de 55 años. Potenciar la industria y cualquier sector capaz de generar valor añadido es un cometido que no admite dilación.

El bienestar de la sociedad va de la mano de la prosperidad o (dicho de otro modo) del poder adquisitivo de sus integrantes, que

«No cabe ocultar las notables carencias asistenciales y el paulatino deterioro de la sanidad pública en general»

ha disminuido de manera alarmante en los últimos años. Los salarios en nuestro país son de los más exigüos de Europa: el salario anual medio bruto alcanza la cifra de 28.388,69 € para hombres y 23.175,95 € para mujeres (INE, 2024). El incremento producido ha sido absorbido por el continuo aumento de los precios y de los impuestos. No, la economía no va como un cohete y la deuda pública de España ronda los 1,6 billones de euros. Allá por el año 1970 yo pude comprarme un Renault R8, que costaba 105.000 pesetas, por 4,5 veces mis ingresos netos mensuales. En los años ochenta, con solo mi sueldo de entonces, hice frente a un préstamo para adquisición de mi vivienda a un interés del 17%, que después bajó al 15%. Tiempos duros, sin duda; pero ahora, con un precio del dinero muy inferior, resulta prácticamente imposible embarcarse en estas aventuras.

Dejemos para otra ocasión la paz social y la evidente quiebra de la convivencia y la tolerancia. Qué bien suenan las palabras progreso, empoderamiento, seguridad, proyecto de vida, etc., pero en realidad son poco más que una entelequia o un trampantojo.

José Badal Nicolás es catedrático emérito de la Universidad de Zaragoza

| Lorenzo Silva

La banalidad de la memoria

Hay acontecimientos de los que nadie sale indemne. Un ejemplo prototípico es el hecho criminal: el daño no alcanza sólo a la víctima, sino también a quienes la rodean e incluso a quien comete el crimen. Aunque no tenga que responder por él con una privación de libertad más o menos prolongada, y por tanto lesiva para su existencia, lo que hizo lo envilece de un modo que cualquier persona con una inteligencia medianamente constituida no puede dejar de comprender y de lamentar.

Hay sin embargo un subtipo de

hecho criminal, el crimen terrorista, cuyos autores tienden a envolver con paliativos que podrían dar la impresión de atenuar ese envilecimiento. Para empezar, la cobertura ideológica o religiosa, que despoja a las víctimas de su humanidad ordinaria para banalizar el mal. Y más adelante, cuando el hecho se aleja en el tiempo, opera en muchos de ellos una banalización suplementaria, a través de una suerte de difuminación de la memoria, que llega a reducir a la nada –o eso pretenden hacerlos creer– la incomodidad que

provoca el hecho de saberse irrevocablemente un asesino.

Sobre este particular fenómeno de autoengaño, que se da a escala individual pero también corre el riesgo de convertirse en patología colectiva, ha escrito Clara Usón una novela que no puede ser más pertinente. Se titula 'Las fieras' y en ella se somete a examen el ejercicio de amnesia reconfortante de una terrorista de ETA –la conocida Idoia López Riaño, alias la Tigresa–, junto a la que se explora, a través de un personaje de ficción, la hija de un miembro del GAL, el borrado análogo del recuerdo de la propia responsabilidad por parte de quien desde el Estado alentó, consintió o ejecutó acciones de guerra sucia contra el terrorismo. Uno de los muchos aciertos de la autora consiste en colocar en la

misma estantería la desfachatez de la terrorista que de una veintena de asesinatos sólo admite ser la autora de dos –los que le parecen más presentables– y la de quienes pretenden que se banalice el hecho de quebrantar la ley con los medios que la ciudadanía otorga para su defensa.

En esta época en la que no sólo la memoria, sino también la literatura padecen de banalización, la mirada penetrante de Usón resulta necesaria. Entre otras cosas, para contribuir a que los asesinos, o quienes les prestaron apoyo por acción u omisión, no olviden lo que en el fondo de su corazón, por más historias que se quieran contar, ya saben: que son ciudadanos averiados y, por más que se empeñen, ya nunca podrán ser como el resto.